

JOSÉ, EL HOMBRE MADURADO EN LAS PRUEBAS (GEN 37.39-41) – COMENTARIO 1

DIOS ACTUANDO EN LA OSCURIDAD DE LA VIDA DE JOSÉ



Estimados amigos de la Biblia.

El objetivo de estos comentarios, como bien sabéis, es ir presentando personajes bíblicos. En los anteriores hablamos de tres mujeres: Rut, Judit y Ester. Ahora le toca el turno a un hombre: JOSÉ.

José es un personaje bíblico bastante popular, por lo que me imagino que algo ya conocéis de él: que era el hijo predilecto de su padre, Jacob; que fue traicionado por sus hermanos, vendido como esclavo y que, después de muchas peripecias y sufrimientos llegó a ser Virrey de Egipto y que siéndolo se reencontró con sus hermanos, salvándoles de la hambruna y reconciliándolos con él. Así es, pero la historia de José es mucho más y en eso estamos: en haceros ver la enorme riqueza de su recorrido vital y cómo Dios trabaja discreta pero eficazmente en medio de toda y cualquier circunstancia.

Puede que ya hayáis percibido que suelo presentar a los personajes bíblicos en clave procesual, haciendo ver su evolución y mostrando cómo Dios les fue transformando en medio de (y por) los ambientes, sucesos y acontecimientos de su existencia. Esto es lo que vamos a hacer con José.

Divido el relato en dos partes:

- *LA PRIMERA va desde cuando José vivía en la casa paterna, como el preferido de su padre, hasta ser nombrado Virrey de Egipto (Gen 37.39-41), pasando por la traición de sus hermanos y otros avatares.*
- *LA SEGUNDA se centra en su relación con sus hermanos, ya en Egipto, y en cómo les ayudó a sanar sus heridas del pasado, se dio a conocer y se reconcilió con ellos (Gen 42-50).*

Un aviso importante: los comentarios que siguen tienen una particularidad: será el propio José quien os cuente su historia. Sí, en vez de hacerlo yo, he preferido invitarle para que sea él mismo quien os la narre. ¿Cómo puede ser esto, preguntaréis, si José vivió muchos siglos antes de Cristo? Es, evidentemente, un recurso literario que utilicé con fines pedagógicos, para que el tema os enganche más y se os haga más interesante y fructífero. Creo que os gustará.

Damos, pues, la palabra a José.

1. CAÍDA EN DESGRACIA DE JOSÉ (GEN 37.39, 1-20)

Saludos, queridos lectores. Soy José. Respondiendo a la invitación de Carlos, os voy a contar mi vida. ¡Tengo tantas cosas que deciros! Creo que mi existencia es muy emocionante y útil para vivir. ¿Sabéis por qué? porque la vida me llevó por caminos que yo nunca imaginé y, sobre todo, POR LA OBRA QUE DIOS HIZO EN MÍ A TRAVÉS DE LOS MISMOS. ¡Ojalá os ayude!

EN CASA DE SU PADRE

Hace muchos años que deje mi cargo de Virrey de Egipto y he tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre mi ajetreada historia. “¡QUÉ CLARO VEO AHORA EL SENTIDO DE TODO LO QUE ME SUCEDIÓ! ¡Y QUÉ BIEN LO HIZO DIOS!”

Ya no me pregunto el ¿por qué de esto o aquello? o si fue bueno o malo. Mirado en retrospectiva, y desde el corazón de Dios, todo está en su sitio.

Yo me sentía protegido y mimado por mi padre, “que me amaba más que a todos sus otros hijos” (Gen 37,3), pero vivía en las nubes, en Babia decís vosotros, distraído y ajeno a todo lo que pasaba a mi alrededor y con una sensación de superioridad sobre mis hermanos, que pagaría caro.

Además, tuve dos sueños, que conté a mi familia, en los que yo aparecía por encima de todos y ante quien, mis hermanos y mis padres, se inclinaban. Así lo cuenta la Biblia:

José tenía diecisiete años cuando iba a apacentar el rebaño con sus hermanos...

Israel amaba a José más que a todos sus hijos, porque era el hijo de su ancianidad... Sus hermanos vieron que su padre lo amaba más que a todos ellos, y le cobraron tal odio que no podían hablarle con cariño.

José tuvo un sueño y se lo contó a sus hermanos. Les dijo: “Estábamos atando gavillas en el campo, y en esto que mi gavilla se levanta y se queda derecha, mientras que las vuestras se ponen alrededor y se inclinan ante la mía”. Sus hermanos respondieron: “¿Es que vas a ser tú rey y señor nuestro?”. Y le odiaban todavía más por sus sueños y por sus palabras.

José tuvo otro sueño, que contó también a sus hermanos: “Me parecía que el sol, la luna y once estrellas se postraban ante mí”. Se lo contó a su padre y a sus hermanos, y su padre le reprendió, diciéndole: “¿Qué sueño es ése que has tenido? ¿Es que tenemos que postrarnos ante ti, yo, tu madre y tus hermanos?”. Sus hermanos le tenían envidia, mientras que su padre daba vueltas al asunto (Gen 27,2-11).

Yo no tenía ni idea del malestar de mis hermanos por la actitud de mi padre ni de su rechazo hacia mí por mi actitud de superioridad y prepotencia para con ellos. No sospechaba lo que se cocía en la familia ni podía imaginar que pudiera pasar lo que pasó después. ¡Qué ingenuo era!

EN EL POZO

Cuando fui a visitarlos a Siquén, donde estaban con las ovejas (Gen 37,12) iba canturreando, contemplando el paisaje y recogiendo flores. Por eso, cuando se abalanzaron sobre mí, me quitaron la túnica y me arrojaron a un pozo seco, me quedé sin reacción. Pensé que era una broma de mal gusto y que me sacarían de allí diciendo: “¡Qué susto te hemos dado, eh!” “¡Vaya cara pusiste!”, u otros comentarios parecidos.

Pero no fueron mis hermanos quienes me sacaron, sino dos hombres fornidos que me ataron a una larga fila de hombres y mujeres, también ellos atados. Temblé de pies a cabeza. Conocía la escena: era una caravana

de mercaderes que vendían de todo, también esclavos. Mi corazón se aceleró, mi cabeza se embarulló y mis piernas se paralizaron. Miré, incrédulo, a mis hermanos. Quise hablarles, pero no acerté a pronunciar palabra. Mientras unos reían y charloteaban, otros permanecían serios en silencio, se tapaban el rostro o se volvían para no ver. A quien no ví fue a Rubén. ¿Dónde está?, pensé. Él no dejaría que me pasara esto.

La caravana se puso en marcha. Yo volvía la vista atrás, hacia mis hermanos, con un atisbo de esperanza, pero según me alejaba, sentía invadirme la tristeza y la angustia y se me hacía un nudo en el estómago. Cuando ya no los ví, grité desesperado, ante la indiferencia de esclavos y mercaderes.

Aquella noche no conseguí dormir. Tenía hambre y el frío me hacía tiritar en medio del vacío tenebroso. Lo peor era la incertidumbre: ¿A dónde me llevan? ¿Qué va a ser de mí? Y una pregunta incesante: ¿por qué me han hecho esto mis hermanos? ¿Nunca más volveré a ver a mi padre!

Mi choque con la realidad fue brutal. Me sentía como un jarro arrojado al suelo y roto en mil pedazos. Mi situación era dramática: si voy a ser un esclavo, pensé, ¿qué sentido tiene vivir?

EN CASA DE PUTIFAR

En Egipto nos expusieron semidesnudos a hombres y mujeres para que los compradores apreciaran la “mercancía”. Me sentía perdido en medio del gentío, sin saber dónde estaba ni entender lo que decían... Hasta que alguien me llevó a empujones a un hombre muy bien vestido, con sandalias en los pies y espada a la cintura. Era Putifar, el jefe de la guardia del Faraón.

Su casa era grande y bien amueblada, con guardias en las puertas. A su alrededor, plantaciones, muchos árboles frutales y animales para el trabajo. Putifar, además de su cargo en la corte, tenía diversas propiedades y negocios.

Pronto ví que, aunque hacía trabajar mucho a sus esclavos, nos trataba con respeto. Creo que le caí bien, porque al poco tiempo me sacó del barracón de los esclavos y me llevó a dormir con el personal que estaba a su servicio. Me encomendó algunas tareas dentro de su casa y me puso a servir a sus invitados, muchos de ellos altos cargos de la corte del Faraón. A partir de ese momento mi ascensión muy rapidísima: encargado de los servidores, responsable por la casa y administrador de todos sus bienes.

Me gustaba trabajar y me encontraba a gusto haciéndolo. Para mí sorpresa, las cosas me salían bien, admirándome yo mismo de mi buen hacer. A veces oía el cuchicheo de aprobación de los invitados y del mismo Putifar. Un día me llamó y me dijo: “Soy un militar curtido en mil batallas, pero VEO QUE YAHVÉ, TU DIOS ESTÁ CONTIGO y hace prosperar tus empresas. Yo mismo me siento bendecido por Él, gracias a ti. Te pongo al frente de mi casa y te confío todo lo que tengo”. (Cf. Gen 39,3-6).

Me quedé tieso y sin palabras. Era su esclavo y tenía que obedecerle, así que el día siguiente comencé. Me sorprendió que no me agobiara tanta responsabilidad; al contrario, me sentía capaz de llevarla adelante. “Dios está contigo y hace prosperar tus empresas”, me había dicho Putifar (Gen 39,3). Aquella frase se que quedó grabada y me resonaba.

Mi nueva situación en casa de Putifar fue un auténtico renacer. Existen momentos en la vida que son como explosiones de luz. Es como si en el cielo se abrieran grietas para iluminar la escena. Sí, una nueva luz atravesaba las tinieblas de mi desgracia, y esa luz era Dios. ¡Gracias, Yahvé, gracias!, exclamé. Así lo narró el autor bíblico:

José había sido llevado a Egipto. Putifar, egipcio, eunuco del Faraón y capitán de la guardia, se lo compró a los ismaelitas que lo habían llevado allí. El Señor estaba con José y todo le salía bien; y se quedó en la casa de su dueño, el egipcio.

Su dueño vio que el Señor estaba con él y que hacía prosperar en sus manos todo cuanto él emprendía; José halló gracia a sus ojos, y así fue incorporado al servicio de su dueño, quien le hizo mayordomo de su casa, confiándole todo cuanto tenía.

Desde el momento en que le puso al frente de su casa y de todo cuanto tenía, el Señor bendijo la casa del egipcio en consideración a José. La bendición del Señor alcanzó a todo cuanto poseía, tanto en la casa como en el campo. Entonces dejó en las manos de José todo cuanto poseía; con él no tenía que preocuparse de nada, a no ser del alimento que tomaba (Gen 29,1-6).

Mi vida se desarrollaba con normalidad. Había dejado atrás la experiencia del pozo y el desierto y podía respirar en paz. Solo había una cosa en aquella casa que me inquietaba: la actitud de la mujer de Putifar, que no dejaba de mirarme, pues yo “era apuesto y de buena presencia”

(Gen 39,6). Era una mujer madura y todavía bella. Debíó de ser muy hermosa en su juventud, pero no parecía satisfecha con su matrimonio. Putifar era un hombre bueno, pero poco dado a expresar sentimientos, manifestar ternura o dedicarle tiempo. Sus negocios y continuas ausencias no se lo permitían. “Tengo algo urgente que hacer”, decía, y se iba.

Un día me invitó a acostarme con ella (Gen 39,7), a lo que me negué, pero día tras día se las arreglaba para encontrarme, hablarme e insistir en su propuesta. Era una mujer atractiva y seductora, pero no tenía ningún sentido acceder a una aventura amorosa con fecha de caducidad.

Hasta que un día en que no había nadie en casa “me agarró de la túnica, mientras repetía: Acuéstate conmigo” (Gen 39,12). No tuve otra opción que dejar la túnica en sus manos y huir medio desnudo. Frustrada, empezó a gritar acusándome de querer abusar de ella.

Mientras me alejaba y oía sus gritos histéricos detrás de mí, sentí que el mundo se me caía encima. Me encerré en mi habitación y lloré amargamente. Reviví la experiencia del pozo en el desierto y sentí cómo me invadían las mismas sensaciones de aquellos días: el corazón latiendo con fuerza, incapacidad de pensar y rigidez. Quería armar un discurso para cuando volviera Putifar, pero me era imposible. Rebobinaba la escena y me preguntaba mil veces por qué no fui más prudente, por qué entré en la casa, por qué no me fui antes... Pero ya no había remedio. En mi interior todo era angustia, desesperación, tiniebla e incertidumbre: ¿Qué hará Putifar?, me preguntaba. ¿Me escuchará? ¿Me echará? ¿Qué será de mí? “¿Por qué me pasan estas cosas?” Estaba hecho añicos.

Putifar entró en mi habitación como una fiera, convencido de que había querido violentar a su mujer. Intenté hablar, pero ni pude articular palabra ni él me escuchaba. Llamó a los guardias y me “metió en la cárcel” (Gen 39,20). Yo sabía que podía matarme, pero nunca pensé que daría con mis huesos en una mazmorra, entre ladrones y criminales:

José era guapo y esbelto. La mujer de su dueño puso sus ojos en él y le dijo: “Acuéstate conmigo”. Pero José se negó y le dijo: “Conmigo mi señor no se preocupa de lo que pasa en la casa y me ha confiado todo lo que tiene... Nada me ha prohibido más que a ti, puesto que tú eres su mujer. ¿Cómo podría yo cometer un mal tan grande y pecar contra Dios?”. Y por más que ella insistía todos los días, José no consintió en acostarse con ella.

Un día entró José en la casa para sus quehaceres, y no había entonces en la casa ningún criado. Ella le agarró por sus vestidos y le dijo: “Acuéstate conmigo”. Pero él, dejando sus vestidos entre sus manos, huyó y salió afuera.

Ella, viendo que había dejado el manto entre sus manos y que había salido fuera, llamó a sus criados y les dijo: “Mirad, nos ha traído un hebreo para abusar de nosotros. Se acercó a mí para acostarse conmigo, pero yo me puse a gritar y él, al oír mis gritos, dejó su manto en mis manos y huyó”.

Ella puso junto a sí el manto hasta que su marido volviera a casa. Entonces repitió lo mismo a su marido: “El hebreo que tú nos has traído se me acercó para abusar de mí, pero, al ver que yo me puse a gritar, dejó su manto junto a mí y huyó”.

El marido, al oír lo que le decía su mujer sobre el comportamiento de su esclavo con ella, se enfureció, mandó a prenderlo y lo metió en la cárcel donde estaban los presos del rey. Así José fue a parar a la cárcel (Gen 39, 6b-20).

2. EN EL VIENTRE DE LA TIERRA (GEN 39,1-21.40-41)

EN LA CÁRCEL

¡Qué lugar horrible, putrefacto y mal oliente aquel! ¡Qué oscuridad, unas veces silenciosa, otras, poblada de gritos, palabrotas e imprecaciones! ¡Qué soledad tan brutal! Estaba enterrado vivo. Lloré mi desgracia y me invadió la desesperanza. Mejor habría sido que Putifar me matara.

Entré en una crisis mucho más profunda que la vivida en el desierto. Mi único horizonte vital eran aquellos muros y la podredumbre ambiental y humana que me rodeaba. Musité, entre lágrimas, el Salmo 25 (24):

*Dios mío, en tí confío,
no quede yo defraudado.
Que no triunfen de mí mis enemigos,
pues los que esperan en tí
no quedan defraudados.*

*Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con tu misericordia,
por tu bondad, Señor, dame vida.*

*Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas,
y perdona todos mis pecados.*

El alcaide de la cárcel se interesó por mí. Estaba bien informado de las tareas que yo había desempeñado en casa de Putifar, por lo que no lo dudó: en poco tiempo me “confió todos los detenidos que había en la cárcel. Todo lo que se hacía allí lo hacía o dirigía yo. Y él no controlaba absolutamente nada de cuanto yo administraba” (Gen 39,22-23).

¡No me lo podía creer! Se repetía lo que me había pasado con Putifar. ¿Cómo era posible? Sentí una frágil luz penetrando y brillando en el desierto de mi corazón y levanté la vista hacia la única grieta por donde entraba un rayo de luz. La palpaba. En su debilidad, era más fuerte que las tinieblas, pues las atravesaba y vencía sin que éstas pudieran oponerle resistencia. Sentí disminuir mi angustia. Mi cuerpo, postrado en la tierra, se fue irguiendo e incorporando. Dentro de mí una fuerza, que no era mía, me impulsaba a vivir. “DIOS ESTÁ CONMIGO! Y SU VIDA FLUYE EN MÍ. ¡Gracias, Yahvé, gracias!”, exclamé, seguro de que Dios era más fuerte que la cárcel.

Tiempo después el Faraón mandó a la cárcel a dos de sus servidores: su copero y su panadero mayor. Como yo estaba a cargo de todo, me tocó atenderlos. Un día por la mañana los vi con mala cara y les pregunté el motivo: “Hemos tenido un sueño cada uno”, me dijeron, y no sabemos interpretarlos. Me salió decirles: “ES DE DIOS EL SENTIDO OCULTO DE LOS ACONTECIMIENTOS. Contádmelos” (Gen 40,5-8).

Me sorprendí de lo que acababa de decir. Mis hermanos me habían traicionado, Putifar me había condenado y yo había pasado por fuertes crisis, pero no había reflexionado sobre el sentido de hechos, tan terribles. Pensaba haber superado todo aquello con mi trabajo y mi buen hacer, pero solo ahora me daba cuenta de que era Dios quien me había sostenido con su fuerza. Sin saber cómo, acababa de afirmar que TODOS LOS SUCESOS TIENEN UN SENTIDO OCULTO, QUE SOLO DIOS LO CONOCE, y pedía a mis compañeros que me contaran sus sueños para hacérselo saber. ¿Quién era yo para decir eso? Y, sin embargo, no tenía dudas. Insistí: “contádmelos”.

¡Me veía tan cambiado! Recordé mi orgullo y mi prepotencia ante mis hermanos. Ya no me veía superior a nadie, sino CON EL DON DE ENTENDER LOS DESIGNIOS DE DIOS. Me sentía amado por Él con predilección, pero no para mi regodeo, sino para ayudar a estos hombres. ¿Qué me había sucedido? Tenía conciencia de que no había llegado a esto por un proceso

evolutivo, fruto de mi esfuerzo. Era como si, de un salto, hubiera pasado a ser lo que no era antes, pues aquello que estaba en mí no provenía de mí.

Ellos me contaron sus sueños y yo les revelé lo que se me daba a conocer: “Dentro de tres días te devolverá el Faraón a tu cargo”, le dije a uno (Gen 40,13); “A la vuelta de tres días te colgará el Faraón de un madero”, le dije al otro (Gen 40,19). Y así sucedió.

Estaba en la cárcel “en el sitio de los detenidos del rey”, de modo que pensé que la vuelta del copero a la corte podría ayudarme a salir de allí: “A ver si te acuerdas de mí cuando te vaya bien”, le dije. “Hazme el favor de hablar de mí al Faraón para que me saque de aquí”, añadí (Gen 40,15). Pero él se olvidó (Gen 40,23). ¡Así somos los humanos!: en cuanto nos va bien, nos olvidamos de quien sufre y hasta de quien nos ayudó.

VIRREY DE EGIPTO

Mi estancia en la cárcel habría sido eterna si no fuera porque, dos años después, “también el Faraón soñó” (Gen 41,1). Fue entonces cuando el copero se acordó de mí, y esto dio a mi vida un rumbo insospechado. ¿Casualidad, suerte, o Dios que nos cuida?

Algo intuyó el Faraón sobre la importancia de aquellos sueños, pues “inquieto, mandó llamar a todos los magos y sabios de Egipto, pero nada pudieron hacer” (Gen 41,8). Fue entonces cuando el copero le habló de mí.

Después de un buen baño, pues olía a perros, comparecí ante el Faraón (Gen 41,14). Me dijo: “he oído decir de ti que te basta oír un sueño para interpretarlo” (Gen 41,15). El Faraón ponía el acento en mí persona, por lo que tuve que puntualizar sus palabras: “No hablemos de mí, maticé; que sea Dios quien responda al Faraón” (Gen 41,16). No era yo quien iba a resolver el enigma, sino Dios; yo solo tenía que DEJAR A DIOS QUE SE MANIFESTARA POR MÍ. Él era Dios el protagonista; yo solo su mediación.

LOS AÑOS DE OSCURIDAD Y SUFRIMIENTO HABÍAN CAMBIADO LOS CIMIENTOS DE MI VIDA. Ya no me apoyaba en mí mismo y mis dotes, sino en Dios y los suyos. Por eso no dejé al Faraón poner el acento en mí. Tenía que dejar claro, me entendiera o no, que era Dios el protagonista de sus sueños, de mi interpretación y de los acontecimientos que se anunciaban.

Este había sido el mejor fruto del largo y doloroso proceso vivido en mis años de esclavitud y cárcel. La vida real había desmontado mis fantasías, esquemas y certezas, tan frágiles y caducos, y me había propiciado el espacio y tiempo necesarios para que la Vida de Dios creciera

en mí hasta configurar todo en mí: sentimientos, pensamientos, palabras y acciones.

El Faraón me contó sus sueños: el de las vacas, siete gordas y siete macilentas, y el de las espigas, siete buenas y siete flacas (Gen 41,17-25). Mi respuesta fue clara: “El sueño es uno solo, le dije. Dios anuncia al Faraón lo que tiene previsto hacer” (Gen 41,25); e insistí: “DIOS HA MOSTRADO AL FARAÓN LO QUE TIENE PREVISTO HACER” (Gen 41,28); y una vez más: “la cosa es firme de parte de Dios y Dios se apresura a realizarla” (41,31).

De tres formas diversas le dije lo mismo, porque así se me había iluminado. Y añadí: “Ahora pues, fíjese el Faraón en algún hombre inteligente y sabio y póngalo al frente de Egipto para recoger y almacenar el comestible de estos años buenos en previsión de los años de hambre que habrá en Egipto” (Gen 41,33-36). Respondió el Faraón: “¿Acaso podremos encontrar otro hombre como tú, que tenga el espíritu de Dios?... No puede haber sabio como tú. Tú estarás al frente de mi casa... Mira: te pongo al frente de todo el país” (Gen 41,38-41). Este es el relato:

El Faraón tuvo este sueño: Estaba junto al Nilo y del Nilo subían siete hermosas y gordas vacas, que se pusieron a pastar entre los juncos de la orilla. Detrás de ellas subieron otras siete vacas escuálidas y flacas, que se pusieron junto a las primeras y las devoraron. Entonces el Faraón se despertó. Volvió a dormirse y tuvo otro sueño: siete espigas granadas y lozanas salían de una sola caña; y otras siete, raquíticas y quemadas por el viento del este, brotaban después de ellas y devoraron a las siete espigas granadas y lozanas. Entonces se despertó...

El Faraón mandó llamar a José de la cárcel y le dijo...: “He oído decir de tí que te basta oír un sueño para interpretarlo”. José respondió: “Yo no soy nada; es Dios quien dará al Faraón respuesta favorable” ...

José dijo al Faraón: “Las siete vacas hermosas y las siete espigas lozanas significan siete años. Las siete vacas escuálidas y flacas... y las siete espigas raquíticas y quemadas por el viento quieren decir que habrá siete años de hambre. Esto es lo que yo digo al Faraón: Dios ha mostrado al Faraón lo que él va a hacer. Van a venir siete años en que habrá abundancia en todo Egipto. Luego vendrán siete años de hambre... y el hambre consumirá el

país... Procúrese el Faraón un hombre inteligente y sabio y póngalo al frente de Egipto...

Y el Faraón les dijo: “¿Encontraremos un hombre en quien esté el espíritu de Dios como en éste?”. Y dijo a José: “Puesto que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay hombre tan inteligente y sabio como tú; tú serás quien gobierne mi casa, y todo mi pueblo te obedecerá. Sólo yo en el trono seré mayor que tú”.

Tenía José treinta años cuando se presentó ante el Faraón, rey de Egipto (Gen 41,1-7.14-16.25-33.37-40.46).

El Faraón había repetido las palabras de Putifar y del alcaide, y como ellos, me confiaba todo lo suyo y reconocía que mi sabiduría procedía de Dios. Me quedé de piedra. En un instante pasaba de ser un preso del Faraón a Virrey de Egipto. Era el cambio más radical de toda mi vida. Oré con el Salmo 138:

*Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
por tu misericordia y tu fidelidad.*

*Porque al cabo de los años,
Tú has desbordado mis deseos,
Dios desconcertante y fiel.*

*Ha sido necesario un largo camino,
pasar por momentos de oscuridad,
creer en el amor, a pesar de todo,
para recibir ahora tus frutos.*

*El Señor es grande,
se ha fijado en mi pequeñez
y ha desbaratado mi orgullo.
Ha puesto frutos de amor en mi corazón,
más fuertes que todos los golpes de la vida.*

¿Cómo lo has hecho, Dios mío?

No sé, y me supera.

Mi corazón exulta.

Hoy, al final de mi vida, tengo muy claro lo que Dios hizo conmigo aquellos años y con qué fin: DIOS QUERÍA SALVAR AL PUEBLO DEL HAMBRE Y DARSE A CONOCER A LOS HOMBRES. ¿Por qué me eligió a mí, un jovencito mimado y orgulloso, para ello? No lo sé, pero lo hizo. Y PARA HACERME HUMILDE Y DÓCIL, OPTÓ POR UN TRATAMIENTO DE CHOQUE Y FUERTES

CONTRASTES. Me hizo pasar varias veces, y de repente, del bienestar al malestar, de la fortuna a la desgracia, de la grandeza a la miseria. Así ROMPIÓ MIS ESQUEMAS Y ME PREPARÓ PARA LA MISIÓN que, en su designio salvador, había proyectado realizar por mí.

Me concedió además dos grandes cualidades, que al principio consideré mías, pero que después descubrí que eran DONES DE DIOS y fruto de su misericordia para conmigo: LA CAPACIDAD DE INTERPRETAR SUEÑOS, es decir, de captar el sentido oculto de los acontecimientos, y MI BUEN HACER. Ambas me las concedió en vista de mi misión.,

Los años que había vivido como esclavo, después de ser vendido como esclavo por mis hermanos, o en la cárcel, condenado por la falsa acusación de acoso sexual, sumaban casi la mitad de mi vida. En este tiempo conocí el odio, la envidia, la arbitrariedad, la injusticia, la soledad y el abandono; corrí riesgo de muerte, fui considerado mercancía, sufrí y pasé por periodos de crisis, angustia e incertidumbre. Pero no sólo no me venció la desesperación, sino que DIOS ME CUIDÓ, ME GUIÓ Y ME CONCEDIÓ SUS DONES, transformando la desgracia y el sufrimiento en confianza y docilidad a Él.

CONCLUSIÓN

Este fue mi proceso, queridos amigos de la Biblia: de la predilección de mi padre por mí pasé a verme en el fondo de un pozo y ser mercancía en un mercado de esclavos; de dirigir la casa y los bienes de Putifar a ser enterrado en una cárcel inmundas; de sentirme superior a todos a conocer las miserias y podredumbres del ser humano... Hasta que, sin yo buscarlo ni prepararlo, fui elevado a Virrey de Egipto, sólo por debajo del Faraón.

Pero lo más importante no fue esto, sino lo que Dios fue haciendo en lo más hondo de mí, sin que nadie, ni yo mismo, se diera cuenta: cómo él puso patas arriba mi antigua sensación de superioridad, cómo me preparó a través de un proceso largo, oscuro y doloroso para, en vez de centrar todo en mí, enseñarme a poner sus dones: mi buen hacer y mi capacidad de interpretar los sueños, a servicio de los demás. ¡QUÉ BIEN LO HIZO DIOS!

Había sido nombrado Virrey de Egipto, pero, ¿para qué? ¿Qué sentido tenía, a los ojos de Dios disponer de tan gran dignidad? Pronto lo sabría y os lo haré saber para que, en lo que veáis en mí, deis gloria a Dios.

Hasta el próximo día. Un abrazo.

José Virrey de Egipto y, sobre todo, siervo de Dios.

Leídas estas páginas, es de fundamental importancia leer directamente el texto bíblico que os indico a continuación: Gen 37.39-41. No hay nada, ni el mejor estudio o comentario, que pueda substituir la lectura de la Palabra de Dios.